

Jean-Philippe Toussaint

La verdad sobre Marie

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Le Vérité sur Marie
© Les Éditions de Minuit
París, 2009

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la Culture-Centre national du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Rachel Rebibo / Arcangel Images

Primera edición: junio 2012

© De la traducción, Javier Albiñana, 2012
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7841-7
Depósito Legal: B. 14092-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

PRIMAVERA-VERANO



I



Más adelante, al recordar los lúgubres momentos de aquella tórrida noche, caí en la cuenta de que Marie y yo habíamos hecho el amor en el mismo instante, pero no juntos. A determinada hora de aquella noche —comenzaban los primeros calores del año, se nos echaron encima brutalmente, tres días seguidos a 38 °C en la región parisina, sin que la temperatura bajase de 30 °C—, Marie y yo hacíamos el amor en apartamentos que se hallaban a apenas un kilómetro de distancia en línea recta. Indudablemente no podíamos imaginarnos al inicio de la noche, ni después, ni en ningún momento, era sencillamente inimaginable, que nos veríamos, que antes del amanecer estaríamos juntos, e incluso que nos daríamos un breve abrazo en el oscuro y revuelto pasillo de nuestro apartamento. Presumiblemente, habida cuenta de la hora en que Marie regresó a casa (a nuestra casa, o más bien a *su casa*, ahora habría que decir mejor a *su casa*, pues hacía unos cuatro meses que no vivíamos juntos), y de la hora, casi la misma, en que yo volví al pequeño apartamento donde me había instalado desde nuestra separación, no solo, no estaba solo —pero tanto da con quién estuviera, eso no viene al caso—, cabe estimar que

sería sobre la una y veinte, o la una y media de la mañana como mucho, cuando Marie y yo hicimos el amor al mismo tiempo en París aquella noche, ambos ligeramente borrachos, los cuerpos acalorados en la penumbra, la ventana abierta de par en par sin que entrase un soplo de aire en la habitación. Era un aire estancado, grávido, tormentoso, que no refrescaba la atmósfera, pero estimulaba más los cuerpos mediante la opresión pasiva y soberana del calor. Eran menos de las dos de la mañana, lo sé porque miré la hora cuando sonó el teléfono. Pero prefiero ser cauto respecto a la cronología exacta de los acontecimientos, pues en definitiva se trata del destino de un hombre, o de su muerte, durante bastante tiempo no se sabría si sobreviviría o no.

Ni siquiera llegué a saber muy bien su apellido, un apellido con partícula, Jean-Christophe de G. Marie regresó al apartamento de la rue de La Vrillière después de la cena, era la primera vez que pasaban la noche juntos en París, se habían conocido en Tokio en enero, tras la inauguración de la exposición de Marie en el Contemporary Art Space de Shinagawa.

Era poco más de medianoche cuando regresaron al apartamento de la rue de La Vrillière. Marie había ido a buscar una botella de grapa a la cocina, y se sentaron en la habitación al pie de la cama en medio de un batiburrillo de almohadas y cojines, las piernas displicentemente estiradas en el parqué. Reinaba un calor oscuro y estático en el apartamento de la rue de La Vrillière, donde los postigos permanecían cerrados desde la víspera para resguardarse del calor. Marie había abierto la ventana y sirvió la grapa sentada en la penumbra, miraba cómo se vertía lentamente el líquido en las copas por el angosto dosificador plateado de la botella, y enseguida notó que se le subía a la cabeza el perfume

de la grapa, percibiendo mentalmente su sabor aun antes de experimentarlo en la lengua, ese sabor latente en ella desde hacía varios veranos, ese sabor perfumado y casi licoroso de la grapa, que había de asociar con la isla de Elba, isla que acababa de reaparecer de improviso en su mente. Cerró los ojos y bebió un sorbo; a continuación se inclinó hacia Jean-Christophe y le besó, los labios tibios, con una brusca sensación de frescor y de grapa en la lengua.

Meses antes, Marie había copiado en su portátil un programa que permitía descargar música con total ilegalidad. Marie, que habría sido la primera sorprendida de habersele advertido del carácter ilegal de sus actos, Marie, mi pirata, que además pagaba a precio de oro a un despacho de abogados y juristas internacionales para luchar contra la falsificación de sus marcas en Asia, Marie se incorporó y atravesó la penumbra de la habitación para descargar en el portátil una pieza musical suave yailable. Había encontrado un viejo show de su agrado, lánguido y de lo más kitsch (me temo que teníamos los mismos gustos), y se puso a bailar sola en la habitación entreabriéndose el camisón, regresando descalza hacia la cama, los brazos cual sinuosas serpientes que improvisaban arabescos arabizantes en el aire. Se sentó junto a Jean-Christophe de G., que le pasó cariñoso la mano bajo el camisón, pero Marie se echó bruscamente hacia atrás y lo rechazó con un ambiguo ademán de exasperación que podía pasar por un simple «manos quietas» irritado al notar el contacto de su mano tibia en su piel desnuda. Tenía mucho calor, Marie tenía muchísimo calor, reventaba de calor, se sentía pringosa, sudaba, se le pegaba la piel, le costaba respirar en esa atmósfera sofocante y viciada del cuarto. Abandonó el cuarto como un vendaval y volvió del salón con un ventilador de rejilla que enfocó hacia la cama po-

niéndolo inmediatamente a la máxima velocidad. El ventilador se puso en marcha lentamente, alcanzando raudamente su velocidad de crucero y proyectando estrepitosamente en el aire turbulenta bocanada que les fustigaba la cara y les agitaban los cabellos sobre los ojos, él luchando para recogerse un mechón en la frente, ella, dócil, la cabeza gacha, ofreciendo con fruición su melena al aire, lo que le daba aire de loca, o de Medusa. Marie y su agotadora atracción por las ventanas abiertas, los cajones abiertos, las maletas abiertas, su afición al desorden, al desmadre, al caos, a la debacle, al aire revuelto y a las ráfagas.

Acabaron desnudándose e hicieron el amor en la penumbra. Marie, al pie de la cama, había dejado de moverse, se había dormido en los brazos de Jean-Christophe de G. El ventilador giraba lentamente en la habitación removiendo el aire tibio que se mezclaría con el aire tormentoso de la noche. El cuarto permanecía en silencio, y en él sólo brillaba la luz azulada del ordenador de la pantalla en descanso. Jean-Christophe de G. se desasíó suavemente de los brazos de Marie, se levantó, desnudo, en dos tiempos, pesadamente, apoyándose en la mano, avanzó sin hacer ruido por el parqué crujiente, se acercó a la ventana y contempló la calle. París estaba embotado por el calor, debía de hacer aún unos 30° cuando era casi la una de la mañana. Un bar invisible seguía abierto, en la lejanía, y sonaban voces en las profundidades de la noche. Pasaban unos coches proyectando los halos de los faros, y un peatón cruzaba la calle en dirección de la place des Victoires. Enfrente mismo del apartamento, se erguía la maciza y silenciosa silueta de la Banque de France. El pesado portal de bronce estaba cerrado, no se observaba movimiento alguno en derredor, y a Jean-Christophe de G. le asaltó entonces un negro presentimiento, se le me-

tió en la cabeza que iba a producirse un episodio dramático en el sosiego de aquella tormentosa noche, que, de manera inmediata, sería testigo de un estallido de violencia, de estupor y de muerte, que tras los muros que rodeaban la Banque de France se dispararían sirenas de alarma, y que la calle de abajo sería escenario de persecuciones y gritos, de enfrentamientos, de portazos y de disparos, la calzada bruscamente invadida por coches de policía y luces giratorias que iluminarían las fachadas remolineando en la noche.

Jean-Christophe de G. se erguía desnudo ante la ventana del apartamento de la rue de La Vrillière, y contemplaba la noche con esa difusa inquietud que le oprimía el pecho, cuando divisó un lejano relámpago en el cielo. Una breve ráfaga de viento le azotó el rostro y el torso, y observó que el cielo se había ennegrecido totalmente en el horizonte, no era una negrura de noche de verano, transparente y azulada, sino una negrura densa, amenazadora y opaca. Se acercaban hacia el barrio gruesos nubarrones, que se movían inexorablemente en el cielo recubriendo los postreros vestigios de noche clara que persistían aún por encima de las dependencias de la Banque de France. Brilló otro relámpago a lo lejos, por el Sena, en dirección al Louvre, un relámpago mudo, extraño, estriado, premonitorio, sin rayo ni trueno, una larga descarga eléctrica horizontal que desgarró el cielo a lo largo de unos cien metros e iluminó el horizonte a blancos y sincopados espasmos, sorprendentes, silenciosos.

Entró en la habitación un aire más fresco, en brucas y turbulentas bocanadas. Marie sintió un escalofrío, un viento refrescante le recorrió la espalda y buscó cobijo en la cama envolviéndose los hombros con la sábana. Se quitó los calcetines, arrojándolos al pie de la cama, mientras Jean-Christo-

phe de G. comenzaba a vestirse en la penumbra, él se vestía y ella se desvestía en un movimiento paralelo de finalidades divergentes. Él se puso el pantalón y se embutió la chaqueta. Antes de salir, se sentó un instante a la cabecera de Marie. La besó en la frente en la penumbra, rozó sus labios, pero los besos fueron más largos que los de un simple adiós, se prolongaron haciéndose más vehementes, se abrazaron de nuevo y él acabó deslizándose dentro de la cama, se arrimó a ella bajo las sábanas, con la chaqueta de lino negro y el pantalón de algodón, el maletín en la mano, que acabó soltando para estrechar a Marie. Ella estaba desnuda pegada a él y él le acariciaba los pechos, la oía gemir y le deslizó la braguita por los muslos, Marie le ayudó contorsionándose en el fondo de la cama. Marie, jadeante, los ojos cerrados, desabrochó la bragueta de Jean-Christophe de G. y le extrajo el sexo, con presteza, determinación, cierta urgencia, con ademán al tiempo firme y delicado, preciso, como si supiera muy bien lo que se proponía, pero, alcanzado su propósito, de pronto no supo ya qué hacer. Abrió los ojos, sorprendida, dormida, amodorrada por el alcohol y el cansancio, y comprendió que por encima de todo tenía sueño, lo único que de verdad le apetecía era dormir, si se terciaba en los brazos de Jean-Christophe de G., pero no forzosamente con su polla en la mano. Cesó en su intento, y, como bien había que hacer algo con la polla de Jean-François de G., que seguía en su mano, la sacudió, amablemente, dos o tres veces, por curiosidad, sin excesiva energía, la sujetaba con toda la mano, y la agitaba observando el resultado con expresión curiosa y atenta. Qué esperaba, ¿que despegase? Marie sostenía la polla de Jean-Christophe de G. sin saber qué hacer con ella.

Marie acabó durmiéndose. Se adormeció unos instantes, o se durmió antes él, apenas se movían en la oscuridad, se-

guían besándose, a ratos, en duermevela compartida, dormitando abrazados, intercambiando efímeras caricias sonámbulas (y a eso se le llama amarse toda la noche). Marie había desabrochado la parte superior de la camisa de Jean-Christophe de G. y le acariciaba indolentemente el pecho. Él se dejaba tocar, tenía calor, sudaba vestido bajo la sábana, tenía una imperceptible erección, el pene relegado, abandonado fuera del pantalón, todavía agitado a ratos por espasmos aislados, mientras la mano de Marie se agitaba bajo su camisa desabrochada, húmeda y arrugada, los faldones colgando arrugados. Ella le besó suavemente, un poco sudada también, las sienes calientes, y, sin ser del todo consciente de ello, comenzó a hurgarle en la ropa, le metió una mano en el bolsillo de la chaqueta, deseosa de saber qué era un objeto rígido de contorno anguloso que se apoyaba contra su cadera cuando la abrazaba. ¿Un arma? ¿Era posible que tuviera un arma en el bolsillo?

En ésas, la ventana de la habitación se cerró lentamente sola, luego retornó sobre sí misma y se cerró violentamente, en un temblor de vidrio y cristales, mientras de súbito comenzaba a caer la lluvia en gruesos goterones. Marie miraba cómo se abatían las trombas de agua en la noche por el marco de la ventana, una cortina de lluvia negra que se movía lateralmente, atravesando los haces luminosos de las farolas en turbulentas ráfagas de viento. Al mismo tiempo, resonó varias veces el trueno, iluminando el cielo con una red de relámpagos arborescentes de múltiples ramificaciones electrizadas. Redobló la violencia de la lluvia, que comenzó a entrar en la habitación, rebotando en los cristales y en el parqué aledaño a la ventana. Marie se encontraba a gusto desnuda bajo las sábanas a cubierto de la tormenta, los sentidos exacerbados en la oscuridad, los ojos iluminados por

los relámpagos, saboreando voluptuosamente la dimensión erótica del placer que procura gozar de la tormenta al calor de la cama, con la ventana abierta a la noche, cuando el cielo se desgarró y se desatan los elementos. A ratos los relámpagos la hacían sobresaltarse aguzando con una punzada de pánico el placer sensual que le causaba sentirse bien calentita bajo las sábanas mientras fuera estallaba la tormenta. Pero, contrariamente a las violentas tormentas de final de verano en la isla de Elba, esas tormentas que purifican el aire refrescándolo al instante, la de esa noche tenía algo de tropical y de malsano, como si, al no conseguir la lluvia hacer bajar la temperatura, el aire ambiente, cargado de humedad residual y de un exceso de electricidad atmosférica, siguiese cargado, húmedo, irrespirable y deletéreo. Jean-Christophe de G., inmóvil en la cama, vestido, la frente empapada de sudor, ni siquiera había abierto los ojos. Seguía durmiendo profundamente boca arriba, indiferente a los fragores del trueno, cuyos retumbos en cadena entreveraban sus ecos declinantes con el sonido ininterrumpido del aguacero. Marie prestó escasa atención a su acompañante cuando éste emergió de la cama trajeado y terminó de vestirse con presteza para salir. Lo vio abandonar la habitación con sus andares de sonámbulo, muy tieso, en calcetines, maletín en mano, quizá con intención de volver a su casa. Marie ignoraba adónde iba, lo oyó alejarse por el pasillo, sonó un portazo, tal vez fuera la puerta de entrada, y Marie echó un vistazo a los zapatos de Jean-Christophe de G., que seguían tirados al pie de la cama, pero más bien lo que había sonado era la puerta del cuarto de baño. Jean-Christophe de G. permaneció ausente unos minutos y regresó como se había ido, con el mismo andar tambaleante, rígido, mecánico, el rostro blanquísimo, pálido, lívido. En calcetines y sudando, dio un paso hacia la habitación y se desplomó.

Marie no comprendió de inmediato lo que había sucedido, pensó que había tropezado bajo el efecto del alcohol, y dudó un instante en salir de la cama para ayudarlo. Pero lo que la aterró de repente fue que no había perdido el conocimiento, lo veía contorsionar la espalda en la penumbra, se agitaba lastimosamente en el parque, agarrándose el pecho con las dos manos como si lo estrujase un torno del que no lograra desasirse, y Marie lo veía hacer muecas del dolor en la oscuridad, la mandíbula embotada, los labios pesados, anquilosados, como anestesiados, sin respirar normalmente y sufriendo para articular, lo que tornaba su dicción pastosa apenas inteligible, intentando explicarle que ya no se sentía la mano izquierda, que la tenía paralizada. Marie, que había acudido a su lado, arrodillada en el suelo, inclinada sobre él, le había tomado la mano. Él dijo que se encontraba mal, que llamase a un médico.

Marie había marcado un número de urgencias, el 15, o el 18, y daba vueltas por la habitación, esperando que alguien cogiese el teléfono, acercándose a la ventana para echar una mirada ausente a la calle, donde la lluvia seguía cayendo en la noche, regresando junto al cuerpo tumbado de Jean-Christophe de G. y acabando por arrodillarse pegada a él. Marie desnuda, arrodillada en el suelo, inmóvil en la penumbra, los dedos temblorosos, el teléfono en la mano cuya señal oía contra su oído, su cuerpo desnudo iluminado brutalmente a ratos por el resplandor de un relámpago que llenaba de luz la habitación, Marie que se dejó llevar por el pánico que la invadió apenas alguien cogió el teléfono, entregándose a un raudal de imprecisas y confusas explicaciones, Marie conmocionada, perdida, desamparada, sin dejar meter baza al operador, que intentaba calmarla y le

hacía siempre las mismas preguntas sucintas que requerían respuestas sencillas y concisas –nombre, dirección, naturaleza de la indisposición–, pero Marie no soportaba que le hicieran preguntas, siempre le había horrorizado que le hicieran preguntas, Marie no escuchaba, no contestaba, hablaba al vacío con voz delirante, sin dar su nombre ni su dirección, explicaba que ya en el restaurante él había tenido una molestia, un dolor en el hombro, pero que sólo había durado un instante y se le había pasado, que cómo iba a saber ella –y el operador tuvo que interrumpirla para decirle de nuevo, más secamente, «sus señas, señora, deme sus señas, no podemos hacer nada sin sus señas»– y hubo de ser él, Jean-Christophe de G., tumbado boca arriba, blanco y sudoroso, la mirada apagada, el labio flojo, sin fuerza, mirando inquieto a Marie e intentando adivinar lo que sucedía, hubo de ser él quien, escrutando información en la mirada de Marie y acabando por comprender la situación, le cogió el teléfono de las manos y dio las señas al operador: «Rue de La Vrillière, número 2», le dijo de un tirón como si estuviese pidiendo un taxi para volver a su casa, tras lo cual, exhausto por el esfuerzo, devolvió el aparato a Marie, y cayó sobre un costado, hundido en su embotamiento. El operador explicó entonces a Marie que enviaba de inmediato una ambulancia recomendándole con voz monótona e impersonal que, en caso de paro cardíaco o de pérdida de conciencia, practicara masajes cardíacos con las manos e insuflaciones de aire en la boca. No había amainado la tormenta y, a intervalos regulares, blancos relámpagos –deslumbramientos, resplandores– definían un instante los contornos de la habitación con luz blanca y fantasmagórica. Marie se había aupado a horcajadas sobre el cuerpo vestido de Jean-Christophe de G., y, con el cabello alborotado, torpe, despavorida, apoyaba las dos manos pegadas la una a la otra contra su

esternón para presionar su caja torácica, y al no obtener respuesta alguna a su celo se inclinó sobre él para sacudirlo y abrazarlo, zarandearlo y besarlo, pasarle las manos por la cara, transmitirle su calor, pegando los labios a los suyos y hundiendo la lengua en su boca para insuflarle aire, como si quisiera compensar la lamentable torpeza de sus cuidados con una arrebatada y comunicativa vehemencia cuya finalidad no era sin duda aportar mucho oxígeno al desdichado sino transmitirle un furioso arranque de energía y de vida. Porque era una suerte de aliento vital lo que intentaba transmitir Marie al cuerpo inconsciente de Jean-Christophe de G. insuflándole de cualquier manera aire en la boca y estrechándolo enérgicamente en sus brazos en el suelo de la habitación, en un abrazo en el que Marie notaba que el contacto de la muerte alcanzaba su piel desnuda: la turbadora desnudez del cuerpo de Marie lidiando con la muerte.

Marie oyó a lo lejos las sirenas de una ambulancia, y se incorporó para abalanzarse a la ventana, chapoteando, descalza, en los regueros de lluvia que se habían acumulado en el parqué al pie de la ventana abierta. Marie, desnuda ante la ventana, ajena al viento y a la lluvia, aguardando la llegada de la ambulancia que subía por la rue Croix-des-Petits-Champs, divisando a lo lejos las primeras luces giratorias que se mezclaban con los sonidos crecientes de las sirenas que se acercaban, y no fueron uno sino dos vehículos de auxilio los que surgieron en la noche en la esquina de la rue de La Vrillière entre la rotación de las luces giratorias azules y blancas que parpadeaban bajo el aguacero, una gran ambulancia blanca del Samu y un vehículo medicalizado que subió a la acera y se detuvo arrimándose a la fachada del edificio. Emergieron dos figuras de los vehículos, mientras los sanitarios del Samu cerraban de un portazo y apretaban el paso

bajo la lluvia agachando la cabeza bajo el chaparrón, cargados con bolsas y mochilas médicas colgadas del hombro. El grupo apretó el paso por la acera para entrar en el edificio, pero hubo de detenerse abajo, sin poder subir, pues la puerta permanecía cerrada no obstante sus insistentes empujones y sus intentos de abrirse paso. Uno de ellos dio media vuelta, retrocedió hasta el centro de la calle y alzó la cabeza hacia el edificio. La cara chorreándole agua, acabó divisando a Marie en la ventana y le gritó que la puerta estaba cerrada. Marie le dio enseguida el código de la casa, pero se equivocó, dio el antiguo, no se aclaraba, le dio el nuevo, lo voceó varias veces haciendo bocina con las manos, y corrió por el pasillo para abrir la puerta del piso. Dio un paso por el rellano y oyó desbloquearse el mecanismo de la puerta de abajo, sonaban ya pasos por el vestíbulo del edificio, y oyó las recias zancadas de los sanitarios, que subían las escaleras y aparecieron casi enseguida ante ella en la oscuridad. Entraron sin decir palabra en el piso, donde no había ninguna luz encendida, sólo el tenue piloto azul del ordenador seguía reluciendo en la habitación. Eran cuatro hombres y una mujer. Atravesaron el pasillo con paso decidido y se dirigieron a zancadas hacia la habitación sin hacer preguntas, como si supieran dónde estaba, y antes que nada, aun antes de echar una mirada al cuerpo tumbado en el suelo, antes incluso de examinarlo o de dispensarle el menor cuidado, iluminaron la habitación, no había luz en el techo, sino una multitud de pequeñas lámparas que Marie había reunido desde hacía varios años, la Tizio de Richard Sapper, la Tolomeo de pantalla cromada de Artemide, la Titania de Alberto Meda & Paolo Rizzatto, la Itty Bitti de Outlook Zelco, que encendieron todas a la vez, y sólo entonces, de pie entre los sanitarios en medio de la habitación devuelta a la totalidad de sus juegos de luces, se dio cuenta Marie de que estaba desnuda.